SOBRE LA PIEDRA INMACULADA

I

Algunos franceses unidos por lazos de amistad, que pasaban la primavera en Roma, veíanse con frecuencia en las excavaciones del Foro desenterrado. Eran: Josefín Leclerc, agregado de embajada con licencia; el señor Goubin, licenciado en Letras, comentarista; Nicolás Langelier, de la antigua familia parisiense de los Langelier, impresores y humanistas; Juan Boilly, ingeniero; Hipólito Dufresne, que consagraba á las artes los ocios de su vida.

El día 1.° de Mayo, hacia las cinco de la tarde, penetraron, como de costumbre, por la puertecita septentrional ignorada del público, donde el comendador Giacomo Boni, director de las excavaciones, los acogió con su amabilidad silenciosa y los condujo hasta la entrada de la casa de madera, á la sombra de los laureles, de los ligus-

tros y de los cítisos que domina aquel ancho foso abierto el siglo pasado en la feria de bueyes de la Roma pontifical, profundizando hasta el suelo del Foro antiguo.

Allí se detienen y miran.

Frente á ellos se alzan los fustes de las columnas rotas y aparece, como un gran tablero de damas con sus fichas, el lugar donde estuvo la basílica Julia. Más hacia el Sur, las tres columnas del templo de los Dioscuros hunden en la bóveda del cielo sus volutas azuladas. A su derecha, por encima del arco ruinoso de Séptimo Severo y de las altas columnas de las moradas de Saturno, las casas de la Roma cristiana y el Hospital de mujeres, escalonan sobre el Capitolio sus fachadas más amarillas y fangosas que las aguas del Tíber. Hacia su izquierda se alza el Palatino, rodeado de grandes arcadas rojas y coronado de carrascas. Y á sus pies, de un monte á otro, entre las losas de la Vía Sacra, tan estrecha como una calle de pueblo, asoman en la tierra muros de ladrillo y basamentos de mármol, restos de los edificios que cubrían el Foro en tiempo de la grandeza latina. El trébol, la avena y la hierba de los campos que el viento ha sembrado sobre sus techumbres hundidas, forman un cobertizo rústico donde flamean las amapolas. Restos de cornisas hundidas, multitud de pilastras y de altares, ha-

cinamiento de gradas y muros; todo ello, seguramente, no era pequeño, pero aparecía oprimido y aplastado.

Sin duda, Nicolás Langelier imaginaba como si se alzaran á su vista, la multitud de monumentos que antiguamente ocuparon aquel espacio ilustre.

—Estos edificios –dijo—de proporciones normales y dimensiones moderadas, estaban separados unos de otros por callejuelas sombrías. No faltaban esos pasadizos que tanto se agradecen en los países del Sol; y los magnámimos descendientes de Remo, después de haber oído á los oradores, encontraban á lo largo de los templos, para comer y dormir, rincones frescos y mal olientes, donde las cortezas de las sandías y las cáscaras de los mariscos, no eran barridas nunca. Además, las tiendas que se abrían en la plaza, emanaban fuertes hedores de cebolla, de vino, de fritangas y de queso. Los mostradores de los carniceros estaban cubiertos de carnes: espectáculo agradable para los robustos ciudadanos. A uno de esos carniceros le quitó Virginio la cuchilla con que mató á su hija. Sin duda, hubo también aquí joyeros y mercaderes de idolillos domésticos, protectores del hogar, del establo y del jardín. Todo lo indispensable para la vida de los ciudadanos hallábase reunido en esta plaza. El

mercado y los almacenes, las basílicas, es decir, las Bolsas de Comercio y los Tribunales civiles; la curia; el Consejo municipal, que llegó á ser el administrador del Universo; las cárceles, cuyos subterráneos exhalaban una espantosa peste; los templos, los altares, de primera necesidad para los italianos que tienen siempre algo que pedir á los poderes celestes.

Es ahí donde se realizaron durante siglos y siglos los actos vulgares ó singulares, casi siempre insípidos, con frecuencia odiosos ó ridículos, y algunas veces generosos, cuyo conjunto constituye la vida augusta de un pueblo.

—¿Qué se descubre allí, en medio de la plaza y ante los basamentos de las columnas?—preguntó el señor Goubin, quien, con el auxilio de sus lentes, advertía una novedad en el antiguo Foro y deseaba ser informado.

Josefín Leclerc respondió, afablemente, que eran los cimientos del coloso de Domiciano recientemente desenterrados.

Después señaló con el dedo, uno tras otro, los monumentos descubiertos por Giacomo Boni durante cinco años de excavaciones fructuosas; la fuente y el pozo de Juturna bajo el monte Palatino; el altar elevado sobre la pira de César y cuyos cimientos se extendían á sus pies frente á las tribunas; la tumba legendaria de Rómulo que

cubre la piedra negra del Comicio, y el «lago» de Curtius.

El sol, ocultándose detrás del Capitolio, hería con sus últimos rayos el Arco Triunfal de Tito. El cielo, donde navegaba por el Occidente la luna blanca, estaba azul como en el centro del día. Una penumbra igual, tranquila y clara, invadía el Foro silencioso. Los jornaleros bronceados excavaban aquel campo pedregoso mientras que, prosiguiendo el trabajo de los antiguos reyes, sus camaradas sacaban de un pozo el agua que baña todavía el lecho donde durmió en tiempos del piadoso Numa, el Velabro ceñido de cañas.

Realizaban sus tareas con orden y tiento. Hipólito Dufresne, que desde tiempo atrás los veía siempre asiduos en su trabajo, inteligentes y realizando con celeridad las órdenes recibidas, preguntó al director de las excavaciones cómo conseguía de sus obreros una labor tan excelente.

—Viviendo como ellos—respondió Giacomo Boni—. Como ellos manejo el azadón, les doy noticias de lo que juntos buscamos y les hago sentir la belleza de nuestra obra común. Así consigo que se interesen en los trabajos cuya grandeza vagamente adivinan. Los he visto palidecer de entusiasmo al descubrir la tumba de Remo. Soy diariamente su camarada, y cuando uno de ellos enferma voy á sentarme junto á su lecho.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Confío en todos como todos confían en mí. Así consigo que me secunden con toda su alma.

—Boni, mi estimado Boni—exclamó Josefín Leclerc—, ya sabe usted cuánto admiro sus trabajos y hasta qué punto me seducen sus hermosos descubrimientos; pero, sin embargo, permítame que se lo diga, lamento que hayan pasado para no volver, aquellos tiempos en que los rebaños pacían sobre el Foro enterrado. Un buey blanco, de ancha frente, coronada por unos cuernos tendidos, rumiaba en el campo desierto; un pastor dormitaba junto á una columna que aparecía entre la hierba, y viéndolo se imaginaba: «Es aquí donde se decidía el porvenir del mundo. Desde que ha dejado de ser el Campo Vaccino, el Foro ha perdido su encanto para los poetas y los enamorados.

Juan Boilly expresó de qué modo aquellas excavaciones practicadas con método, contribuían al estudio de las épocas pasadas. Y habiéndose encaminado la conversación hacia la filosofía de la historia romana:

—Los latinos—dijo—eran razonables hasta en su religión. Tuvieron dioses limitados y vulgares, pero de buen sentido y algunas veces magnánimos. Que se compare si no este panteón romano, compuesto de militares, de magistrados, de vírgenes y de matronas, con las diabluras pintadas en las paredes de las tumbas etruscas donde se hallarán frente á frente la razón y la locura. Las escenas infernales trazadas en las criptas funerarias de Corneto, representan los monstruos de la ignorancia y del pavor. Se nos ofrecen tan grotescamente como el Juicio final de Orcagna en Santa María la Nueva, de Florencia, y el infierno dantesco del Campo Santo de Pisa, mientras que el Panteón latino presenta constantemente la imagen de una sociedad bien organizada. Los dioses de los romanos eran como ellos, laboriosos y buenos ciudadanos. Eran dioses útiles; cada uno desempeñaba un cargo. Hasta las ninfas tenían empleos civiles y políticos.

«Recuerden á Juturna, cuyo altar hemos visto tantas veces al pie del Palatino. No parecía destinada, por su nacimiento, sus aventuras y sus desdichas, á desempeñar un cargo en la ciudad de Rómulo. Era una Rutulia indignada. Pretendida por Júpiter, había recibido del dios la inmortalidad. Cuando el rey Turnus fué muerto por Eneas, que obedeció la orden de los Destinos: no pudiendo morir con su hermano, ella se arrojó al Tíber para huir al menos de la luz. Durante mucho tiempo los pastores del Lacio refirieron la aventura de la ninfa, viva y quejumbrosa en el fondo del río. Y más tarde los campesinos de la Roma rústica inclinándose de noche sobre la ri-

bera, creyeron verla á la claridad de la luna envuelta en sus velos glaucos, bajo los cañaverales. Pues bien: los romanos no la dejaron ociosa y entregada á sus dolores. Concibieron inmediatamente la idea de darle una ocupación seria y le confiaron la vigilancia de sus fuentes, convirtiéndola en una diosa municipal. Lo mismo hicieron con todas sus divinidades. Los Dioscuros de cuyo templo nos quedan tan hermosas ruinas, los Dioscuros, los dos hermanos de Elena, astros refulgentes, fueron empleados por los romanos como estafetas al servicio del Estado. Fueron ellos quienes anunciaron á Roma, llegando á galope sobre un caballo blanco, la victoria del lago Regilia.

»Los italianos pedían sólo á sus dioses fortunas terrestres y positivos aumentos. En este concepto, y á pesar de los terrores asiáticos que han invadido la Europa, la tendencia de su espíritu religioso no ha cambiado. Lo que antiguamente exigían de sus dioses y de sus genios, lo aguardan ahora de la Virgen y de los Santos. Cada parroquia tiene su abogado, á quien se le hacen toda clase de peticiones. Hay santos para las viñas, para los cereales, para los rebaños, para el cólico y para el dolor de muelas. La imaginación latina ha repoblado el cielo con una multitud de figuras animadas, convirtiendo el monoteísmo judío en

un nuevo politeísmo. Ha engalanado el evangelio con una espléndida mitología; ha restaurado el comercio familiar entre el mundo divino y el mundo terrestre. Los campesinos exigen milagros de sus santos protectores, y los insultan y los atropellan si el milagro no se realiza pronto. El campesino que había solicitado inútilmente un favor del niño Jesús, vuelve á la capilla y dice, dirigiéndose á Nuestra Señora:

»—No es á ti, hijo de Tal..., á quien me dirijo, sino á tu santa madre.

»Las mujeres interesan á la Madre de Dios en sus amores, pensando, con razón, que siendo mujer, como es, no ignora el tormento de amar, y que, por consiguiente, no hay motivo para ocultárselo. Nunca temen ser indiscretas, lo cual prueba su piedad. Es admirable la plegaria que una mocita de la ribera de Génova dirigía á la Virgen: «Santa Madre de Dios: tú que has concebido sin pecar, concédeme la gracia de pecar sin concebir.»

Nicolás Langelier hizo observar que la religión de los romanos se prestaba á sus empresas políticas:

—Teniendo un carácter nacional muy acentuado, era, sin embargo, á propósito para penetrar en los pueblos extranjeros y atraérselos por su espíritu sociable y tolerante. Era una religión ad-

ministrativa que se propagaba fácilmente con el resto de la administración.

—A los romanos les agradaba la guerra—dijo el señor Goubin, que evitaba cuidadosamente las paradojas.

—No les agradaba la guerra por la guerra—le replicó Juan Boilly—. Eran demasiado razonables para esto. Se reconoce por ciertos indicios que la carrera militar les parecía dura. El señor Miguel Breal les dirá cómo la palabra que al principio significaba estrictamente los arreos del soldado, *aerumna*, tomó en seguida el sentido general de fatiga, agotamiento, miseria, dolor, dificultad y desastre. Aquellos campesinos eran como los demás. Avanzaban sólo sujetos y obligados; y tampoco sus jefes, ricos propietarios, peleaban por gusto ni por la gloria. Antes de comenzar la campaña consultaban veinte veces sus intereses, calculando con detenimiento su probable fortuna.

—Sin duda — respondió el señor Gaubín—; pero su condición y la de los pueblos que les rodeaban les obligó á vivir en continua guerra. Así llevaron la civilización hasta los confines del mundo conocido. La guerra es un incomparable instrumento de progreso.

—Los latinos—prosiguió Juan Boilly—eran labradores y peleaban como labradores. Sus ambiciones eran siempre agrícolas. No exigían á los

vencidos dinero, sino campos; todo ó parte del territorio de la confederación sometida; con mucha frecuencia un tercio, por amistad, como decían, y por moderación. Donde el legionario había clavado su lanza, el colono labraba al día siguiente. Con sus labranzas aseguraban sus conquistas. Guerreaban como soldados admirables, disciplinados, valientes y sufridos, y eran al mismo tiempo labradores más admirables todavía. Si nos sorprende que hayan conquistado tanto territorio, debe sorprendernos más que hayan sabido conservarlo. Fué verdaderamente prodigioso que, habiendo perdido muchas batallas, no cedieran jamás ni un pedazo de tierra laborable aquellos obstinados campesinos.

Mientras los otros discutían así, Giacomo Boni miraba con hostilidad la elevada casa de ladrillos construída al Norte del Foro sobre las piedras de cimientos antiguos.

—Ahora—dijo—nos falta explorar la Curia Julia. Me prometo, á la mayor brevedad, derribar el edificio sórdido que se alza sobre sus ruinas. No le costará mucho dinero al Estado adquirirlo para hacerlo desaparecer. Bajo nueve metros de tierra, donde se alza el convento de San Adriano, se extienden las escalinatas de Diocleciano, que restauró la Curia por última vez. Encontraremos, seguramente entre los escombros, muchas

de aquellas tablas de mármol sobre las cuales se grabaron las leyes. Importa á Roma y á Italia, importa al mundo entero que los vestigios del Senado romano se descubran y aparezcan á la luz del día.

Luego rogó á sus amigos que le honrasen entrando en su barraca hospitalaria y rústica como la casa de Evandro.

Formaba un aposento único, donde había una mesa de pino sin barnizar, cubierta de cacharros negros y de restos informes que exhalaban olor de tierra.

—¡Objetos prehistóricos!—suspiró Josefín Leclerc. —Así, mi estimado Giacomo Boni, además de ir descubriendo en el Foro los monumentos de los emperadores, de la República y de los reyes, ahonda usted en los terrenos que guardan vestigios de una flora y de una fauna desaparecidas; se interna en el cuaternario, en el terciario, penetra en el plioceno, en el mioceno, en el eoceno; de la arqueología latina pasa usted á la arqueología prehistórica y á la paleontología. Hasta la sociedad elegante se preocupa de las profundidades á que usted desciende. La condesa Pasolini está inquieta pensando á dónde va usted á llegar; y le caricaturizan á usted en un semanario satírico saliendo por los antípodas y suspirando: *¡Adesso va bene!*

Boni, como si no lo hubiera oído, examinaba con atención profunda un vaso de arcilla húmedo aún y mohoso. Sus ojos claros y chispeantes se obscurecían cuando adivinaba sobre una miserable obra humana algún indicio aún ignorado de una época lejana y misteriosa; y su azul palidecía sumergido en el vago ensueño.

—Estos despojos que ven ustedes ahí—dijo al cabo—, esos pequeños sarcófagos de madera sin pulimentar y esas urnas de tierra negra conteniendo huesos calcinados, fueron recogidos bajo el templo de Faustina al Nordeste del Foro.

»Encuéntranse juntos urnas negruzcas llenas de ceniza y esqueletos echados en sus sarcófagos como en una cama. Los griegos y los romanos practicaban indistintamente la cremación y el enterramiento. En Europa entera y en épocas anteriores á las más antiguas historias, eran usados á un tiempo en la misma ciudad y en la misma tribu. ¿Estas dos formas de sepultar corresponden á dos razas, á dos genios distintos? Así lo creo.

Cogió entre sus manos, con un gesto respetuoso y casi ritual, un vaso que contenía un poco de ceniza:

—Aquellos—dijo—que en tiempo inmemorial trabajaban así la arcilla, pensaban que el alma unida á los huesos y á las cenizas necesitaba una morada, pero no siéndola preciso mucho espacio

para vivir la vida casi apagada de los muertos. Eran hombres de una raza noble, procedentes de países asiáticos. Aquel cuyas cenizas ligeras tengo entre mis manos, fué anterior á la época de Evandro y del pastor Faustulus.

Y añadió, complaciéndose en hablar como los antiguos:

—Entonces el rey Italus ó Vitulus, ejercía su dominación apacible en esta comarca que había de ser tan gloriosa. Entonces se extendían sobre la tierra ausoniana los reinos monótonos de los rebaños. Aquellos hombres no eran ignorantes y groseros. Habían recibido de sus antepasados muy preciosas enseñanzas. Conocían el manejo de la nave y del remo. Practicaban el arte de someter los bueyes al yugo y de engancharlos al timón; encendían á voluntad el fuego divino. Recogían la sal, trabajaban el oro, amasaban y cocían los vasos de arcilla. Sin duda empezaron á cultivar la tierra. Se dice que los pastores latinos se convirtieron en labradores bajo el reino fabuloso de Vitulus. Cultivaban el mijo, la avena y el trigo. Cosían pieles con agujas de hueso. Tejían la lana y acaso también daban á sus tejidos colores variados. Medían el tiempo por las fases de la luna. Contemplaban el cielo como si fuese una imagen de la tierra. Veían en él al perro que guarda para su amo Diospiter el rebaño de estrellas. Reconocían en las nubes fecundas el ganado del sol, las vacas alimentadoras de los campos azules. Adoraban á su padre el Cielo y á su madre la Tierra. Y al atardecer oían rechinar las carretas de los dioses emigrantes como ellos, hollando con sus ruedas macizas los senderos de las montañas. Adorando la luz del día meditaban con tristeza la existencia de las almas en el reino de las sombras.

»Sabemos que esos arios de cabeza ancha fueron rubios, porque sus dioses, hechos á imagen suya, eran rubios. Indra tenía los cabellos como las espigas de la avena, y la barba como los pelos del tigre. Los griegos representaban á sus dioses inmortales con los ojos azules ó glaucos y cabelleras de oro. La diosa de Roma era *flava et candida*. En la tradición latina, Rómulo y Remo tienen la crin amarilla.

»Si se pudieran reconstruir estos esqueletos calcinados, veríamos aparecer las puras formas arias. En estos cráneos anchos y vigorosos, en esas cabezas macizas como la primera Roma que debían fundar sus hijos, adivinamos á los abuelos de los patricios de la República, el tronco largo tiempo fértil que produjo tribunos, pontífices y cónsules, reconocemos el magnífico molde de aquellos robustos cerebros que imaginaron la religión, la familia, el ejército, el derecho público

de la ciudad más sólidamente organizada entre todas las que han existido.

Dejando suavemente sobre la mesa rústica el vaso de arcilla, Giacomo Boni se inclina sobre un sarcófago del tamaño de una cuna, un sarcófago labrado en un tronco de encina y semejante, por su forma, á las primeras barcas de los hombres. Levanta la delgada pared de corteza que recubre aquella barquilla funeraria y hace aparecer una osamenta delgada como un esqueleto de pájaro. Del cuerpo apenas subsiste la espina dorsal, como si hubiese pertenecido á un vertebrado de los más humildes: un gran lagarto, si la anchura de la frente no revelase al hombre. Perlas de colores, desprendidas de un collar, aparecen entre los huesos terrosos.

—Vean ahora—dijo Boni—este niño, que no recibió los honores de la incineración siendo enterrado y devuelto completamente á la tierra de donde había salido. No es hijo de los jefes, heredero noble de los hombres rubios; pertenece á la raza indígena del Mediterráneo, origen de la plebe romana, que aun hoy ofrece abogados sutiles y hábiles calculadores. Nació en la ciudad de las Siete Colinas y en un tiempo que permanece oculto para nosotros, bajo las fábulas heroicas. Es una criatura romulena. Entonces el valle de las Siete Colinas formaba un pantano, y el Palatino

estaba cubierto solamente de chozas de caña. Una menuda lanza fué colocada en el sarcófago para indicar que la criatura era masculina; tendría cuatro años cuando se adormeció en el seno de la muerte. Su madre prendió sobre él una hermosa túnica y puso á su cuello un collar de perlas. Los de su tribu no le dejaron sin ofrendas, depositando sobre la tumba vasos de tierra negra, leche, habas y un racimo de uvas. Recogí esos vasos y fabriqué otros semejantes con la misma arcilla, cociéndolos en una hoguera encendida por la noche en el Foro. Antes de decirle adiós comieron y bebieron juntos parte de lo que habían llevado, y esa comida fúnebre les hizo olvidar su pena. Criatura que duermes desde los tiempos del dios Quirinus: un imperio ha pasado sobre tu sarcófago rústico, y los mismos astros que brillaron sobre tu cuna resplandecerán esta noche sobre nuestras cabezas. El insondable espacio que separa tus horas de las mías sólo es un instante imperceptible en la vida del Universo.

Después de un breve silencio dijo Nicolás Langelier:

—Con frecuencia es tan difícil diferenciar en un pueblo las razas que le componen, como seguir en la corriente de un río los arroyos que le han formado. ¿Qué es una raza? ¿Existen verdaderamente razas humanas? Veo que hay hombres

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

blancos, hombres rojos y hombres negros. Pero esas no son razas, son variedades de una misma raza, de una misma especie, que forman entre sí uniones fecundas y se mezclan sin cesar. Luego más difícil sería que el sabio distinguiese varias razas amarillas y varias razas blancas; pero los hombres imaginan razas á conveniencia de su orgullo, de su odio ó de su codicia. En 1871 la Francia fué desmembrada en virtud de los derechos de la raza germánica; y no existe la raza germánica. Los antisemitas atizan contra la raza judía la cólera de los pueblos cristianos; y no existe raza judía.

»Digo esto, Boni, por especulación pura, y no por afán de contradecir á usted. ¿Cómo no creerle si la persuasión habita en sus labios? Usted asocia en su espíritu á las dilatadas verdades de la ciencia, las verdades profundas de la poesía. Como usted dice, los pastores llegados de la Bactriana poblaron la Grecia y la Italia. Como usted dice, aquí hallaron á los aborígenes. Era en la antigüedad una creencia común á los italianos y á los helenos, que los primeros hombres que poblaron su territorio nacieron de la tierra como Erecteo. Yo no le niego que pueda usted seguir al través de los siglos, mi estimado Boni, á los aborígenes de su Ausonia y á los emigrados de Pamir; éstos, patricios valerosos y ardientes de fe; aquéllos, plebeyos ingeniosos y locuaces; porque, al cabo, si no existen, hablando con propiedad, distintas razas humanas, y con mayor razón aún distintas razas blancas, se observan, sin duda, en nuestra especie variedades muy características. Así, es imposible que dos ó más de esas variedades vivan largo tiempo en contacto sin confundirse, conservando cada una sus caracteres propios. Y hasta es posible que esas diferencias, en lugar de borrarse con el tiempo bajo la acción de las fuerzas plásticas de la Naturaleza, puedan, al contrario, sostenidas por el imperio de costumbres inescrutables y por la imposición de las instituciones sociales, acentuarse de siglo en siglo más profundamente.

—*E propio vero*—murmuró Boni cubriendo con la corteza de encina los restos del niño romuleno.

Luego ofreció sillas á sus huéspedes y dijo á Nicolás Langelier:

—Ha llegado el momento de que nos cumpla su promesa leyéndonos la historia de Gallión que ha escrito usted en su aposento del *Foro Traiano.* Pone usted en acción algunos personajes romanos; aquí es donde conviene oir lo que dicen, en un rincón del Foro, cerca de la Vía Sacra, entre el Capitolio y el Palatino. Apresúrese para que no le sorprenda el crepúsculo y por temor á que sus palabras puedan perderse entre la algarabía de

los pájaros que se advierten unos á otros la proximidad de la noche.

Los huéspedes de Giacomo Boni acogieron esas frases con un murmullo complaciente, y Nicolás Langelier, sin aguardar á que le rogasen, desarrolló su manucristo y leyó lo que sigue:

II

«Gallión

En el año de 804, después de la fundación de Roma y el décimotercero del reinado de Claudio César, Junius Annaeus Novatus, era procónsul de Achaïa. Descendiente de una familia ecuestre originaria de España, hijo de Séneca el retórico y de la virtuosa Helvia, hermano de Annaeus Mela y del célebre Lucius Annaeus, llevaba el nombre de su padre adoptivo el retórico Gallión, desterrado por Tiberio. Su madre era de la sangre de Cicerón y él había heredado de su padre, con inmensas riquezas, el amor á las letras y á la filosofía. Leía las obras de los griegos más atentamente aún que las de los latinos. Una noble inquietud agitaba su alma. Le interesaba la Física y lo que se relaciona con la Física. La actividad de su inteligencia era tan grande, que hasta en el baño cultivaba su espíritu oyendo lecturas, y llevaba siempre sobre sí, hasta cuando iba de caza, sus tabletas de cera y su estilete. En los ocios que sabía procurarse entre los cuidados